



([EMMANUEL BUCH](#) , 16/04/2011) Decía Unamuno que los españoles han vivido siempre detrás de los curas: o llevando los cirios en las procesiones, o corriendo con palos para atizarles. El ministro evangélico de nuestros días parece oscilar igualmente entre el servilismo y el anhelo caudillista a la hora de entender la autoridad ministerial. Al menosprecio de quienes que ven en el ministro del Evangelio poco menos que un “empleado para todo” y a la incompreensión de otros que diluyen el ministerio pastoral en el ministerio global de la iglesia, se opone un sentir entre algunos ministros que les hace verse a sí mismos como dueños y señores de la iglesia. Las tres perspectivas están desenfocadas pero esa última me parece especialmente dañina.

I. AUTORITARISMO NO, GRACIAS

Cuando mi hijo mayor tenía siete años quedó impresionado por el testimonio de un joven pastor brasileño que visitó nuestra iglesia. De vuelta a casa me preguntó: “¿Cómo se llama ese pastor de Brasil que tiene una iglesia de siete mil SÚBDITOS?” También algunos pastores, sin la disculpa de la ingenuidad infantil, parecen considerar su ministerio como un auténtico caudillaje y a los miembros de su iglesia como vasallos. “Estos ministros son figuras de autoridad que dan a conocer sus deseos a la congregación, y a menudo expresan sus deseos en términos de la voluntad de Dios o la dirección que Dios les ha revelado a ellos y espera que ellos lleven a cabo.”[1] Ese sentido caudillista del ministerio tiene mucho en común con la vieja enfermedad de la “reverenditis” que describía un antiguo opúsculo evangélico: “La reverenditis es una enfermedad que afecta los centros intelectuales y espirituales de la personalidad del ministro, en la que se produce gradualmente una hipertrofia del ego, y una sensibilidad morbosa a la adulación.”[2]

Así planteado, nos hallamos ante un modelo de liderazgo absolutamente opuesto al espíritu del Evangelio y al ejemplo de Jesús: “Entonces Jesús, llamándolos [a sus doce discípulos], dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mt.20,25-28). “Si en verdad hay un ‘centro’ que sea fundamento bíblico sobre el que uno debería buscar iluminar y orientar todos los ministerios de la comunidad, habría de ser la noción de servidumbre. (...) La noción de que Dios mismo ha renunciado a gobernar por servir y nos llama a hacer lo mismo (Fil.2:5-11) es paradójicamente un pensamiento poderoso.”[3]

La psicología y la consejería pastoral nos previenen contra la relación de dependencia que se establece en ese modelo de liderazgo. Toda forma de dependencia es psicológicamente nociva porque impide el proceso de madurez y de autonomía de la persona. El ministerio cristiano se ejerce como responsabilidad delante Dios por los creyentes y tiene como propósito alentar su crecimiento en la verdad y en madurez, animándoles a ser cada vez menos dependientes de los hombres y más dependientes (sólo) de Dios. “Apacentad la grey de Dios (...) no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.” (1ª P.5,2-3). “Cuando se enseña que uno ha de someterse al dominio de otro ser humano, hay que llamarlo por su nombre, esto es, control sectario.”[4]

II. AUTORIDAD COMO SERVICIO

La autoridad ministerial sólo puede entenderse en términos de servicio porque Jesucristo así lo enseñó (Mt.20,26) y porque Él mismo venció las tentaciones de Satanás (Mt.4,8) y ejerció su autoridad ministerial en términos de “liderazgo servicial”. En esencia, el principio básico de autoridad y liderazgo cristiano es “una preocupación personal, que pide a un hombre entregar su vida por sus hermanos los hombres”[5]; la autoridad ministerial se ejerce siempre con la cruz como perspectiva y referencia. A la luz de textos bíblicos como Jn.13,12-15 ó Mt.20,28 : “... la autoridad que la Biblia menciona es consustancial al servicio, y que es en el servicio donde se halla nuestra capacidad para el hacer/poder. Cristo, el ejemplo por excelencia, ejerció siempre autoridad en Su hablar y en Su actuar, pero jamás utilizó el poder que como Hijo de Dios tenía. En consecuencia, el siervo de Cristo ha de actuar con la autoridad que le da su ministerio y que se fundamenta, no en su posición sino en su vida de santidad; autoridad apoyada en el servicio y reconocida por el pueblo de Dios; sin imposiciones ni pretensiones autoritarias ‘ex officio’.”[6]

Conviene recordar que autoridad y poder no son sinónimos en absoluto: “auctoritas” designa

una capacidad mayor de servicio mientras que “potestas” apunta a dominio sobre las personas. El ministro cristiano no conoce otro modo de ejercer la autoridad si no como servicio en humildad; cualquier otro modelo es una perversión de su llamado: “En lugar de la ternura y de la bondad de Cristo, se vuelven dictadores, ‘pequeños dioses de lata’, como lo expresó en una ocasión J.B. Philips. En lugar de usar las armas del evangelio de la verdad, dependen de su fuerza personal, del brillo del espectáculo, o de la manipulación retórica propia de un vendedor. En lugar de edificar a sus hermanos en la fe, se vuelven autoritarios; carecen de la humildad que distingue a un siervo de Cristo.”[7]

Mientras algunos líderes y ministros cristianos parecen tentados por el papel de caudillo, el principio de la autoridad como servicio se extiende paradójicamente en el mundo del “management” y la empresa. La paradoja[8] es el título de un libro editado en 1996, manual de referencia para líderes de empresa en todo el mundo; se publicó en castellano en 1999 y cinco años después ya se vendía la decimotercera edición. Analiza la verdadera esencia del liderazgo y su idea motriz no puede ser más reveladora: “dirigir consiste en servir”. Más aún, el autor propone a Jesús de Nazaret como modelo de liderazgo y resume las cualidades del líder en base al concepto neotestamentario de ágape, siguiendo las manifestaciones del fruto del Espíritu Santo: paciencia, benignidad, dominio propio, etc. (Gál.5,22-23).

III. SERVICIO VULNERABLE

Merece la pena insistir en este principio básico: el ministerio cristiano sólo puede concebirse en la estela del modelo servicial de Jesús. Esa es la verdadera base para el éxito entendido según los criterios del reino de Dios: “El ministro que actúa como siervo, responde a las necesidades de la gente, responde a la dirección de Dios y responde a la guía del Espíritu Santo.”[9]

Si estamos dispuestos a aceptar hasta sus últimas consecuencias esta concepción radical del liderazgo y de la autoridad ministerial, deberemos caminar una segunda milla y recuperar la provocadora imagen de “el sanador herido”. Esta afortunada definición de Henri Nouwen para el ministro cristiano subraya un elemento decisivo que le aleja de todo modelo infectado de soberbia: la autoridad del ministro cristiano descansa en el reconocimiento humilde de su vulnerabilidad, en el abandono de toda pretensión de superioridad, en el ofrecimiento a los otros desde su abierta fragilidad.

El ministro de Jesucristo no es el “Gran Timonel” de una empresa humana; es un hombre herido que cura, un vaso de barro, un siervo débil a través del cual Dios manifiesta su gloria

(2ªCor.4,7; 12,9). Paradójicamente, en esa debilidad expuesta está la clave de su crédito entre sus semejantes: “su servicio nunca será percibido como auténtico, si no procede de un corazón herido por el mismo sufrimiento del que habla.”[10] Frente a la imagen del superhombre que enseña a otros porque está por encima de todos, el ministro cristiano se ofrece a los demás en un liderazgo servicial desde su propia fragilidad, al amparo del Dios de la gracia, su poderoso valedor.

(Texto de la ponencia compartida por el autor en el encuentro de pastores evangélicos del Corredor del Henares - Torrejón de Ardoz, Madrid, 24 de Marzo de 2.012)

[1]Joe E. Trull y James E. Carter: *Etica ministerial*. El Paso: Casa Bautista de Publicaciones, 1997. Pág. 108.

[2]David Orea Luna: *Reverenditis: estudio de una enfermedad vieja*. Opúsculo. Pág. 2. El autor era presidente de la Iglesia Luterana de México y el texto apareció también en la revista “El Predicador Evangélico”, de Buenos Aires, de Junio de 1959.

[3]John H. Yoder: *El ministerio de todos*. Colombia: CLARA, 1995. Págs. 80-81.

[4] Denny Gunderson: *La paradoja del liderazgo. Una invitación al liderazgo servicial en un mundo hambriento de poder*. Tyler, Tx: Editorial JUCUM, 2006. Pg. 84.

[5] Henri J.M. Nouwen: *El sanador herido*. Madrid: PPC, 2000. Pg. 88. Título original: *The Wounded Healer*, 1971.

[6]VVAA: “Renovación”. Valencia: Ministerio de Educación y Fe, UEBE. 199?. Pgs. 48-49.

[7] Jonathan Lamb: *Integridad. Liderando bajo la mirada de Dios*. Buenos Aires: Ediciones Certeza, 2010. Pg. 93.

[8] James C. Hunter: *La paradoja*. Barcelona: Ediciones Urano, 1999. Colección "Empresa activa". Título original: *The Servant*, 1996.

[9] Joe E. Trull y James E. Carter: *Op. Cit.* Pg. 109.

[10] Henri J.M. Nouwen: *Op. Cit.* Pg. 8.

Autor: [Emmanuel Buch Camí](#)

© 2012. Este artículo fue publicado originalmente el 5 de marzo de 2012 en [el Blog del autor](#), y se reproduce en este espacio con permiso expreso del mismo.

{loadposition buch}